



Tempranamente se manifestaron en el Perú los efectos de la "gran crisis" del capitalismo desatada en los países centrales el año 1929. No nos interesa reseñar aquí los mecanismos económicos del "crack". Sólo vamos a indicar algunos de sus efectos para las clases populares.

Tres elementos definen inicialmente ese escenario: la desocupación, la reducción de los salarios y el auge de los movimientos de masas.

Tal vez el caso más palpable y evidente de desocupación sea el de la minería, donde el año 1929 laboraban más de 32,000 trabajadores y el año 1932 apenas algo más de 14,000. Quizás estos números sean exagerados, pero podríamos añadir que la Cerro de Pasco clausuró varios campamentos y que lo mismo sucedió con otras empresas mineras.

La desocupación se fue irradiando a todo el país. No contamos con más estadísticas que el censo confeccionado por la Junta Pro-Desocupados. Tenemos que según esos cálculos oficiales, a nuestro entender bastante inferiores a la realidad, el año 1931 habían 13,000 desocupados inscritos, cifra que asciende en 1932 a más de 20,000. Creemos que en estos cálculos globales no aparecen los trabajadores que tuvieron que soportar el "lock-out" de las empresas, como los mineros de la Cerro. Sin embargo nos pueden servir para indicar cómo la desocupación afectó también a los centros urbanos, a Trujillo, Arequipa y sobre todo a Lima. En la capital hay 5,808 desocupados inscritos en 1921, para llegar a cerca de 8,737 el año siguiente.

En lo que se refiere a la baja de salarios los datos que poseemos nos indican que este fenómeno se va a manifestar de manera desigual, afectando en primer lugar al proletariado agrícola, y en este sector particularmente a los cañeros del norte del país. Lógicamente la crisis afecta, a través de la desocupación y la baja de salarios, a las capas populares ubicadas en las áreas más desarrolladas de la sociedad peruana. En otras palabras, a la naciente clase obrera más que al campesinado; a la ciudad y a los centros laborales modernos (minas y haciendas agroindustriales) más que al campo y las áreas atrasadas del interior.

Aunque nuestra preocupación central será la clase obrera, no podemos omitir los efectos que la crisis tuvo para la pequeña burguesía no-productora. La crisis afectó, por ejemplo, a la burocracia, cuyas filas se habían incrementado durante el oncenio. Afectó todavía más duramente a los intelectuales. Durante varios meses, para citar un caso, los profesores de la Universidad de San Marcos no pudieron cobrar sus haberes, y después vino la clausura de esta universidad. Desde abril de 1931 se dejó de pagar a los



Eran los alegres años veinte. En la foto, el presidente Leguía y la Miss Perú de 1929.

La crisis del veintinueve Una respuesta popular

José Deustua y Alberto Flores G.

Hace cincuenta y dos años, en octubre de 1929, la bolsa de Wall Street se desmoronó y los banqueros empezaron a saltar por las ventanas. El sueño americano se convierte en pesadilla. El crack del 29 quedó incorporado a la historia mucho más que como un año, significando el comienzo de una larguísima depresión del mundo capitalista, de la que sólo se saldría una década después bajo el signo del armamentismo y de la guerra. A continuación la repercusión de aquel "jueves negro" en nuestro país, en los "alegres años" del gobierno de Don Augusto B. Leguía.

maestros de los colegios y escuelas fiscales de Lima y Callao.

Todo lo que hemos referido hasta aquí constituyó el trasfondo de variadas formas de protesta social y de una gran inestabilidad política. Entre 1930 y 1933 se suceden varios levantamientos militares ante la imposibilidad de constituir un gobierno estable: durante esos tres años ocurren 18 levantamientos en diversos lugares del

país. Se trata de lo que Jorge Basadre ha denominado el "tercer militarismo".

En cuanto a la protesta social, la expresión más reiterada será la huelga. El movimiento huelguístico adquiere una intensidad y una radicalidad inusual, incluso en comparación con los movimientos de 1913 y 1919. Como señaló el historiador inglés Eric Hobsbawm, la crisis trajo consigo una brusca interrupción de las masas en la

vida política. La ciudad comienza a desplazar al campo como escenario principal de los conflictos de clase. Al lado del caudillo y de la asonada militar surgen los partidos de masas, las grandes movilizaciones y la lucha callejera.

A falta de una estadística de huelgas se pueden indicar algunas de las más importantes. En octubre de 1930 los estudiantes de San Marcos entran en huelga; obviamente no se

trata de obreros, pero tienen el propósito de realizar una "revolución universitaria"; en enero de 1931 los estudiantes toman nuevamente el local de la universidad durante tres semanas que acaban en un violento choque con la policía; posteriormente, en mayo de ese mismo año, van a tener el explícito propósito de vincularse al movimiento popular, comprometiendo en esta empresa incluso a los estudiantes de una universidad tan tranquila como era la Católica de Lima por entonces. Pero volviendo a 1930, entre el 31 de octubre y el 11 de noviembre se produce un movimiento huelguístico muy fuerte en la sierra central: iniciado en las minas de Morococha se irradió rápidamente a los campamentos mineros de La Oroya y Cerro de Pasco, incluso la huelga deriva en motines, con la ocupación de algunos campamentos, destrucción de máquinas, toma de rehenes entre los funcionarios de la empresa norteamericana. Algunos calificaron a esta huelga de insurreccional; no lo era necesariamente, pero no se puede negar la radicalidad espontánea de los trabajadores. Esa radicalidad se encuentra repetida después en las huelgas de los colectiveros de Lima (mayo de 1931), los petroleros de Talara (junio), los cañeros de Chiclayo y las telefonistas de la capital. Siempre fueron seguidas por una dura represión, incluso con intervención directa del ejército.

La huelga de los cañeros del norte es un ejemplo bastante adecuado. Hacia 1930 se producen una serie de intentos para constituir organismos sindicales en las haciendas de Lambayeque. Estos intentos alcanzan a progresar en Tumán donde el naciente sindicato rápidamente deriva en posiciones de fuerza contra los dueños de la hacienda, la familia Pardo, por reclamos salariales. El movimiento se difunde a las otras haciendas como Cayatí y Pomalca, que junto con Tumán entran en huelga. Pero la intransigencia de algunos propietarios, como los Aspillaga, propicia que la huelga se convierta en una especie de motín. Los trabajadores de Tumán deciden ir a protestar ante el prefecto de Chiclayo, se apropian del ferrocarril de la hacienda, pero antes que lleguen a la ciudad son detenidos por la gendarmería. Después tuvo que intervenir el ejército e incluso la fuerza aérea. Indudablemente los trabajadores no tenían propósitos muy claros, pero en su protesta ellos manifestaban no sólo la búsqueda de mejores condiciones de vida, sino también el deseo de un cambio sustancial que no alcanzan a vislumbrar con claridad, y que apenas se define, para citar una inscripción que en esos días apareció en las calles de Saña, como el anhelo de una "gran transformación" o un movimiento "a la mejicana". La violencia desbordada rápidamente por los mecanismos normales de la huelga

Miguel D'Escotto:

«Nuestra revolución no es exportable»

Raúl González

Veinticuatro horas duró el paso por Lima del canciller de Nicaragua, ministro de Relaciones Exteriores, sacerdote Miguel D'Escotto. Una apretada agenda de compromisos y reuniones hizo imposible materializar una larga entrevista sobre la revolución sandinista. Sin embargo, eso no impidió que *El Caballo Rojo* lo entrevistara en forma exclusiva en el propio avión que lo llevaría al Brasil. Miguel D'Escotto responde aquí a las interrogantes que la revolución nicaragüense despierta y precisa lo que considera el factor fundamental del triunfo de su revolución: el apoyo popular.



—Dado que la Iglesia nicaragüense se opone a que los sacerdotes realicen actividades políticas, ¿en qué situación personal se encuentra en la actualidad?

—No existe oposición. Algunos miembros de la jerarquía se oponían a nuestra participación política y exigían que contáramos con una autorización expresa del Vaticano. Realizadas las consultas, la Santa Sede indicó que éste era un problema local. Los obispos se reunieron y otorgaron la autorización correspondiente. Nosotros no actuamos contra la voluntad de la jerarquía...

—¿Usted ejerce el ministerio religioso?

—Me dedico exclusivamente al trabajo de canciller, pero es importante que sepa que en mis veinte y pico años de sacerdote jamás he trabajado en una parroquia...

—Me refería a si usted celebra misas, impone sacramentos...

—Los obispos acordaron que mientras durara nuestro trabajo público no debíamos realizar trabajo pastoral alguno y por lo tanto no puedo celebrar misa públicamente...

—¿Celebra entonces privadamente...?

—Así es...

—A dos años del triunfo de la revolución sandinista, ¿qué evaluación podría realizar de lo recorrido?

—Considero que se han producido logros importantes en algunos rubros como el de la alfabetización, salud, habitación... creo que a estas alturas la revolución es ya un proceso irreversible aunque las grandes transformaciones que permitan integralmente incorporar a nuestro pueblo a la vida nacional y que les permita acceder plenamente al derecho a la salud, educación, vivienda y sobre todo al trabajo, es un proceso mucho más largo y lento; afortunadamente avanzamos seguros... ésta es además una revolución que se consolida gracias al esfuerzo heroico de todo nuestro pueblo y ahí radica su éxito...

—La suya es una revolución sin

reforma agraria a pesar de que se esperaba una... ¿cuánto tiempo más van a mantener intocable la tenencia de la tierra?

—Se están haciendo grandes avances en este rubro, un número importante de campesinos tiene acceso a la tierra y se vienen organizando en cooperativas agropecuarias... se han expropiado las tierras que pertenecían a Somoza, se marcha firmemente...

—Las últimas medidas tomadas por el gobierno nicaragüense ¿son un indicio de un endurecimiento en lo que a política interior se refiere?

—Nuestra revolución sandinista se ha caracterizado siempre por el alto grado de tolerancia y hasta benevolencia pero existe al mismo tiempo una férrea voluntad política de tomar las medidas que sean necesarias para hacer respetar la ley y hacer valer el principio de autoridad...

—Pero la forma como se resuelven los problemas internos pondría punto final al pluralismo político que ustedes tanto han proclamado...

—El pluralismo se mantendrá pero es importante que sepa lo que para nosotros es el pluralismo. No existe pluralismo fuera de la revolución. El pluralismo implica que dentro del proceso existe la posibilidad de expresar las diferentes maneras de mejorar y profundizar esta revolución para continuar a celante, de ninguna manera la posibilidad de pretender tenerla. Eso es intolerable porque nuestro pueblo derramó su sangre precisamente para transformar la situación anterior y no para regresar a una nueva forma de "somocismo" sin Somoza...

—¿Todos los que discrepan con el gobierno sandinista quieren volver al "somocismo"?

—Son los que se beneficiaron con el "somocismo" y que hoy reclaman libertad para atentar contra la continuidad de la revolución y no por un patriotismo que signifique amor por el pueblo. Hoy, quienes hablan de democracia son los que barrerón del mapa la democracia en el país sacan-

do y poniendo presidentes, señalando qué partidos podían elegir presidentes... esos son los que hoy descubren que Nicaragua existe y se comienzan a preocupar, dicen, que por la democracia...

—Este pluralismo entonces sólo permite estar a favor de la revolución y punto...

—El pluralismo tiene como base estar con la revolución aunque se tengan diferentes ideas para mejorarla... pero siempre sobre esa base. Es como si un país que acaba de lograr su independencia permitiera a los antiguos conquistadores o colonizadores que tengan libertad para volver a conquistar al pueblo...

—Muchos sectores políticos consideran que la forma como se llegó al poder en Nicaragua constituye un modelo exportable de revolución... ¿usted qué cree?

—Yo creo que los pueblos que realmente quieren hacer una revolución deben necesariamente abandonar la idea de que las revoluciones son exportables. A cada pueblo le corresponde encontrar el método más apropiado para lograr su transformación. Cada pueblo tiene realidades distintas, características diferentes y en la medida que la copia prevalezca la revolución que se lleve adelante no será auténtica... Se pueden transplantar corazones y otros órganos del cuerpo humano pero lo que no se transplantan son realidades, modelos de revoluciones...

—Quizás lo que sí pueda exportarse es la lección de que sin respaldo popular es imposible una revolución...

—Efectivamente y creo que lo que pudiera ser objeto de reflexión y meditación es la importancia que en nuestra revolución tuvo la unidad... también importa recordar que no hay que ser muy dogmáticos y, finalmente, que el trabajo por buscar una solución propia no debe ser abandonado jamás... lo que sí debe desterrarse es la tendencia a buscar en la experiencia ajena las fórmulas del propio desarrollo.

que la agitación urbana no fue acompañada por un ascenso del movimiento campesino. No quiere decir que no ocurrieron conflictos en el campo; se produjeron por ejemplo en Oyolo **, pero indudablemente no tuvieron la trascendencia de años anteriores. Las luchas campesinas habían tenido una fase de gran desarrollo entre los años finales del siglo pasado y la década de 1910. Hubo un intento en favor de la formación de un ejército campesino encabezado por Rumi-Maqui (Azángaro 1915-16). Los campesinos consiguieron detener el proceso de expansión de la gran propiedad, pero no tuvieron éxito en el propósito de expulsar a los gamonales y formar un Estado independiente que obedeciera a los intereses de las nacionalidades "quechua y aymara". En la década del 20 la agitación campesina tiende a decrecer. Sin embargo, es por entonces cuando la influencia campesina se dejará sentir en la vida intelectual a través de los elementos más radicales del indigenismo congregados en torno a Luis E. Valcárcel (el grupo Resurgimiento) y en torno a José Carlos Mariátegui (la revista *Amauta*).

Para el desenlace de la coyuntura fue clave este relativo silencio campesino entre 1930-33. Al fin y al cabo el Perú tenía hacia 1927 unos 6 millones de habitantes, de los cuales cerca de 4 millones eran campesinos. No sabemos qué población estaba adscrita a las haciendas pero presumiblemente debería de ser más del 27.40% de la población rural censada en 1876, es decir, antes de la gran expansión de la hacienda republicana. Los centros urbanos estaban escasamente desarrollados. La excepción era Lima cuya población llegó en 1931 a más de 300,000 habitantes. Comparar estas cifras con las actuales ayuda a comprender la diferencia entre el Perú de ahora y el Perú de los años de la crisis: entonces era un país fundamentalmente rural y campesino. Por eso el silencio del campo acabó favoreciendo a las minorías y a una solución conservadora de la crisis.

Estos actos de violencia fueron antecedentes de movimientos mayores como la toma durante dos días de la ciudad de Arequipa y el puerto de Mollendo*. La culminación de estos acontecimientos, cuyo ritmo tiene cierta independencia en relación al proceso electoral de 1931, será la ocupación militar de la ciudad de Trujillo por los cañeros de Chicama y las clases populares de esa ciudad el 7 de julio de 1932. La mantuvieron ocupada durante varios días hasta la represión militar y su corolario en los fusilamientos de Chan-Chan.

Podemos afirmar, a partir de la rápida reseña anterior, que nunca antes en la historia del Perú las huelgas y los movimientos urbano-populares habían adquirido un carácter tan violento y habían significado un enfrentamiento aparentemente tan radical con la situación imperante. Pero conviene señalar el carácter fragmentado de estas manifestaciones, la excesiva espontaneidad, la carencia de una adecuada centralización en la lucha. Todos estos movimientos aparecen relacionados por los efectos de una coyuntura, pero no se vislumbran con la misma claridad los objetivos y la organización común.

(*) La Federación Obrera Local de Arequipa, fundada en 1930, dirigió un movimiento huelguístico que depuso al prefecto de Arequipa el 13 de mayo de 1931.

(**) Distrito de Ayacucho en el que se produjo un sangriento choque entre la policía y los indígenas el 6 de enero de 1931.

La violencia y la tensión social eran fenómenos cotidianos durante los años de la crisis. En enero de 1931, por ejemplo, tiene lugar en Lima un partido internacional de foot-ball, en el cual al terminar el encuentro, el público de segunda entra a la cancha para salir por las puertas de primera, siendo detenidos violentamente por la policía, que hace uso de sus espadas. Un cabo y algunos soldados que estaban de licencia y formaban parte del público resultan heridos. Los otros espectadores dejan de ser tales, toman el estadio y luego la disputa se transforma en un "acto político" cuando deciden espontáneamente marchar por la ciudad, reclamando justicia contra lo que califican como prepotencia de la policía. Se les unen otros ciudadanos; la policía se ve obligada a abandonar las calles, la turba llega frente a palacio y exige una reparación de parte del propio presidente Sánchez Cerro. Aunque, según los periódicos de la época, se produjeron algunos actos de violencia irracional contra los comerciantes japoneses, sería demasiado simple explicar este acontecimiento por la presencia de maleantes y extranjeros, como lo hicieron esos mismos periódicos (ver por ejemplo *El Comercio*); por el contrario, se trata de una manifestación popular, espontánea, que en el rápido cambio de escenario, del estadio y del partido de football a las calles y al palacio de gobierno, ejemplifica la tensión de esos días y la radicalidad espontánea de las masas. Podemos añadir que la multitud permaneció dos horas en la Plaza de Armas esperando a Sánchez Cerro y que éste prometió ejecutar las sanciones que le exigían.

Además es importante señalar